

crímenes están en las audiencias ó en las inspecciones de policía, y no ven las astucias sociales, la habilidad que burla el código; sólo perciben los horrores que son sumamente visibles. Ocupados siempre de los carniceros, olvidan á los reptiles, y, afortunadamente para los poetas cómicos, les dejan la labor de describir los matices que caracterizaban á Charadin de los Lupeaulx. Egoísta y vano, rastrero y altivo, libertino y goloso, ambicioso á causa de sus deudas, discreto como una tumba de la que nadie sale para desmentir la inscripción grabada para los transeuntes, intrépido y atrevido cuando solicitaba, amable y ocurrente en toda la acepción de la palabra, burlón con oportunidad, lleno de tacto, descarado volteriano y devoto por conveniencia, este secretario general se parecía á todas las medianías que forman el núcleo del mundo político. Sabio con la ciencia de los demás, se había propuesto escuchar y no existía auditor más atento. Para no despertar sospechas, era adulador hasta la saciedad, insinuante como un perfume y cariñoso como una mujer. Iba á cumplir pronto cuarenta años. Su juventud le había servido de desesperación durante mucho tiempo, pues comprendía que el plato de su fortuna política dependía de la diputación. ¿Cómo había medrado?—se preguntará el lector. —Por un medio bien sencillo: Lupeaulx se encargaba de las misiones delicadas que no se pueden confiar ni á un hombre á quien no se respeta; pero que se confían á hombres serios y apócrifos á la vez, á quienes se puede autorizar ó desautorizar á placer. Su situación consistía en estar siempre comprometido, para ascender lo mismo con la derrota que con el éxito. Había comprendido que bajo la Restauración, época de transacciones continuas entre los hombres, entre las cosas, entre los hechos realizados y los que se forman en el horizonte, el poder necesitaría un recadero. Una vez que se introduce en una casa una vieja que sabe como se hace y deshace la cama, á donde se echa la basura, donde se pone la ropa sucia, donde se guardan los cubiertos, como se apacigua á un acreedor y qué gentes deben ser recibidas ó rechazadas, aquella criatura, aunque tenga vicios, aunque sea sucia, babosa ó desdentada, aunque juegue á la lotería y robe seis reales diarios para comprar una participación, los amos la quieren por costumbre, celebran conferencias delante de ella en las circunstancias más críticas y hasta le permiten tomar la palabra para insinuar recursos; la servidora siempre

está presente, lleva con oportunidad el pote de colorete y el chal, se deja reñir y aunque la echen por las escaleras, al día siguiente, al despertar, os presenta alegremente un almuerzo excelente. Por grande que sea un hombre de Estado, necesita una mandadera con la cual pueda ser débil, indeciso, y que le permita discutir su propio porvenir, interrogarse, responderse y aventurarse al combate. ¿No viene á ser esto como la madera blanda de los salvajes, que frotada contra la madera dura produce fuego? Muchos genios se iluminan de este modo. Napoleón conferenciaba con Berthier y Richelieu con el padre José. Lupeaulx servía de confidente á todo el mundo. Seguía siendo amigo de los ministros caídos sirviéndoles de intermediario para con los nuevos. Por otra parte, entendía admirablemente todos los detalles en que un hombre de Estado no tiene tiempo de pensar, comprendía una necesidad, obedecía bien, realizaba su bajeza siendo él el primero en bromear acerca de ella, y en el artículo de hacer favores escogía siempre aquellos que él creía que no habían de ser olvidados. De esta suerte, cuando fué preciso franquear el foso que separaba el Imperio de la Restauración, cuando todo el mundo buscaba una tabla para pasarlo, en el momento en que los mequetrefes del Imperio se deshacían en palabras de abnegación, Lupeaulx pasaba la frontera después de haber pedido fuertes sumas á unos usureros. Jugándose el todo por el todo, adquirió los créditos más importantes del rey Luis XVIII y liquidó por este medio tres millones al veinte por ciento. Los beneficios fueron devorados por los señores Gobseck, Werbrust y Gigonnet, empresarios del negocio; pero Lupeaulx efectuó esta operación porque sabía que Luis XVIII no era hombre que pudiese olvidar su servicio. Lupeaulx fué nombrado magistrado, caballero de San Luis y oficial de la Legión de honor. Una vez en las alturas, el hombre hábil buscó los medios de mantenerse en ellas, y á su oficio de recadero, había unido el de consultor gratuito en los casos de enfermedades secretas del poder.

Después de haber reconocido en las pretendidas superioridades de la Restauración una gran inferioridad respecto á los acontecimientos que las dominaban, supo imponerse y pasar por un hombre indispensable, hasta el punto de que esta creencia echó tan profundas raíces, que los ambiciosos juzgaban necesario mantener á Lupeaulx en su puesto á fin de impedirle que ascendiese. Sin embargo, al verse apoyado

por todo el mundo, aquel pescador de ideas había exigido arras. Retribuido por el Estado mayor de la guardia nacional, donde tenía una sinecura pagada por la villa de París, tenía, además, otro cargo en la casa real. Sus dos plazas oficiales inscritas en el presupuesto eran las de secretario general y magistrado del Tribunal de cuentas. Por el momento sólo deseaba ser comendador de la Legión de honor, hidalgo de la cámara, conde y diputado. Para ser diputado era preciso pagar mil francos de contribución, y la miserable bicoca de Lupeaulx apenas valía quinientos francos de renta. ¿De dónde sacar el dinero para construir un palacio, rodearlo de respetables haciendas é ir allí á deslumbrar á todo un distrito? Aunque comía todos los días fuera de casa, aunque tenía vivienda á expensas del Estado, aunque disponía del coche del ministro, Lupeaulx no poseía, en el momento en que comienza esta historia, más que treinta mil francos de deudas francas y limpias que nadie se atrevía á poner en duda. Un matrimonio podía poner á flote á este ambicioso, carenando su barca llena de las aguas de la deuda; pero un buen matrimonio dependía de su ascenso, y para su ascenso era necesaria la diputación. Buscando los medios de romper este círculo ambicioso, no veía otro recurso que prestar algún gran servicio ó combinar un buen negocio. Mas ¡ay de mil! las combinaciones estaban gastadas y aparentemente los Borbones habían vencido á todos los partidos. En fin, desgraciadamente, de algunos años á aquella parte, el gobierno tenía que explicar todos sus actos á los de la izquierda; de modo que no había negocios, pues los últimos se habían realizado en España, y aún éstos, ¡cuánto no dieron que hablar! Además, Lupeaulx multiplicó las dificultades creyendo en la amistad de su ministro y cometiendo la imprudencia de comunicarle su deseo de ocupar un puesto en los bancos ministeriales. Los ministros adivinaron de donde provenía este deseo; Lupeaulx quería consolidar una situación precaria y no estar bajo su dependencia. El lebre se volvió contra el cazador y los ministros le dieron algunos latigazos y le acariciaron al mismo tiempo; pero Lupeaulx obró con ellos como un hábil cortesano y les tendió lazos en los cuales no tardaron en caer. Cuanto más amenazado se sintió Lupeaulx, más deseó ocupar un puesto inamovible; pero era preciso obrar con prudencia. En un instante podía

perderlo todo. Una plumada bastaría para privarle de sus charreteras de coronel civil, de su inspección en la casa real, de su sinecura en la sociedad anónima y de sus dos empleos; en total, de seis sueldos. Muchas veces amenazaba á su ministro como amenaza una querida á su amante diciéndole que estaba á punto de casarse con una viuda, rica, y entonces el ministro mimaba á su querido Lupeaulx. En una de estas reconciliaciones recibió la promesa formal de una plaza en la Academia de Bellas letras tan pronto como ocurriese una vacante. En su admirable posición, Clemente Chardin de los Lupeaulx era como un árbol plantado en un terreno favorable, pues podía satisfacer sus vicios, sus caprichos, sus virtudes y sus defectos.

He aquí las fatigas de su vida: entre cinco ó seis invitaciones diarias, tenía que escoger la casa en que mejor se comía. Por las mañanas iba á hacer reír al ministro y á su señora, acariciaba á los niños y jugaba con ellos; después trabajaba una ó dos horas, es decir, se tendía en buen sofá para leer los periódicos, dictar el sentido de una carta, recibir cuando el ministro no estaba y hojear peticiones para echarlas al cesto de los papeles, ó adornarlas con una firma que significaba: «Me tienen sin cuidado, hagan ustedes lo que quieran». Todo el mundo sabía que cuando Lupeaulx se interesaba por alguien ó por algo, lo hacía desinteresadamente. De cuando en cuando iba á palacio á recibir órdenes, y, por fin, esperaba la salida del ministro de la cámara cuando había sesión, á fin de saber si era preciso inventar ó dirigir alguna maniobra. El sibarita ministerial se vestía después, comía y desde las ocho de la noche hasta las tres la mañana visitaba doce ó quince salones. En la Ópera hablaba con los periodistas, y como tenía con ellos gran amistad á causa de los mutuos servicios que se prestaban, les daba noticias y les impedía que atacasen á tal ó cual ministro acerca de tal ó cual cosa, á fin de no disgustar á sus mujeres ó á sus queridas.

—Diga usted que el proyecto no vale nada y demuéstrelome si puede, pero no diga que Marieta ha bailado mal. Calumnie nuestra afición al bello sexo, pero no descubra nuestras aventuras de soltero. ¡Diantre! todos hemos hecho de las nuestras.

En revancha de estos servicios, él hacía favores á los redactores, evitaba los obstáculos para la representación de

una pieza, les daba oportunamente gratificaciones ó alguna buena comida y prometía facilitar la conclusión de un negocio. En cambio, como era amante de la literatura y protegía las artes, adquiría autógrafos, magníficos álbums gratis, bocetos, cuadros y hacía mucho bien á los artistas no perjudicándoles, y apoyándoles en ciertas ocasiones en que su amor propio exigía una satisfacción poco costosa. Por todas estas razones tenía muchas simpatías entre las gentes de bastidores, los periodistas y los artistas. En primer lugar, todos tenían los mismos vicios y la misma pereza, y, además, de todo se burlaba con tanta gracia cuando había bebido algo y estaba entre dos bailarinas, que no tenía más remedio que ser amigo de esta gente. Si Lupeaulx no fuese secretario general, habría sido periodista. Así se concibe que durante los quince años en que el arma del epigrama abrió la brecha por donde pasó la insurrección, Lupeaulx no hubiese sido nunca objeto del menor ataque.

Viendo á aquel hombre jugando á las bochas en el jardín del ministerio con los hijos de monseñor, el último de los empleadillos se devanaba los sesos para adivinar el secreto de su influencia y la naturaleza de sus trabajos, mientras que los altos empleados de los demás ministerios lo consideraban como el más peligroso de los Mefistófeles, le adoraban y le devolvían, con usura, las adulaciones que él tributaba en otra esfera superior. Indescifrable como un enigma, jeroglífico para los pequeños, la utilidad del secretario general era clara como una regla de tres para los interesados. Encargado de escoger las ideas y de hacer informes verbales, este pequeño príncipe de Wagram del Napoleón ministerial conocía todos los secretos de la política parlamentaria, conquistaba á los diputados tibios, traía, llevaba y enterraba las proposiciones y era el encargado de decir sí ó no cuando el ministro no se atrevía á ello. Hecho á recibir los primeros ataques de la desesperación ó de la cólera, se lamentaba ó se reía con el ministro. Anillo ministerial que servía de eslabón para muchas cosas, era discreto como un confesor. Tan pronto lo sabía todo como no sabía nada, y, además, podía decir del ministro lo que el ministro no podía decir de sí mismo. Sin embargo, no todo eran rosas para Lupeaulx, pues si adulaba y aconsejaba á un ministro, se veía obligado á adular para aconsejar, aconsejar adulando y á dar á la adulación apariencia de

consejo. Así es que casi todos los hombres que desempeñaron este cargo tuvieron color amarillo. Su constante costumbre de hacer siempre un movimiento afirmativo de cabeza para aprobar lo que le decían, comunicó algo de extraño á su cabeza. Aquellos secretarios aprobaban indiferentemente todo lo que se decía delante de ellos, y su lenguaje estuvo siempre lleno de *peros, sin embargos, no obstante, de yo haría, de yo en su lugar*, frases todas con que se preparaban para la contradicción.

En lo físico, Clemente de los Lupeaulx no era otra cosa que los restos de un hombre guapo; estatura cinco pies y cuatro pulgadas, gordura pasable, tez marchita, lentes, color indicado por una mano regordeta como la de una vieja rubia, un poco cuadrada y dotada de uñas cortas; una mano de sátrapa. El pie no carecía de cierta distinción. Después de las cinco, Lupeaulx vestía siempre media de seda, zapato, pantalón negro, chaleco de cachemira, pañuelo de batista sin perfumes, cadena de oro, levita azul y sus condecoraciones. Por la mañana, botas que crujían bajo un pantalón gris, y la levita corta y entallada de los intrigantes. Entonces tenía más bien aspecto de un procurador lagarto que de ministro. Los ojos empañados por el uso de los lentes, le hacían parecer más feo de lo que era en realidad cuando, por desgracia, se los quitaba. Para los jueces hábiles, para las gentes amantes de la sinceridad, Lupeaulx resultaba intolerable. Sus modales graciosos frisaban con la mentira, sus protestas y halagos, gratos siempre á los imbéciles, dejaban ver demasiado la urdimbre. Todo hombre perspicaz veía en él una tabla podrida sobre la cual resultaba peligroso poner el pie. Cuando la hermosa señora Rabourdin se dignó ocuparse de la prosperidad de su marido, adivinó á Clemente de Lupeaulx, y lo estudió para ver si en aquel puente quedaban aun algunas fibras bastante sólidas para pasar de los ocho á los doce mil francos. La mujer eminente creyó que podría burlarse de aquel astuto político. El señor de Lupeaulx fué, pues, en parte la causa de los gastos extraordinarios que se hicieron y que se continuaban haciendo en el hogar de Rabourdin.

La calle Duphot, construida cuando el Imperio, es notable por algunas casas elegantes por fuera y cuyo interior fué generalmente bien distribuido. El piso de la señora Rabourdin tenía excelentes disposiciones, ventaja que con-

tribuye á dar aspecto de nobleza á la vida interior. Una bonita sala bastante grande, que recibía luz del patio, conducía á un gran salón cuyas ventanas daban á la calle. A la derecha de este salón se encontraban el gabinete y la habitación de Rabourdin, detrás de las cuales estaba el comedor, en el que se entraba por la sala; á la izquierda, la alcoba de la señora y su gabinete tocador, á la vuelta de los cuales se hallaba la alcobita de su hija. Los días de recepción, la puerta del gabinete de Rabourdin y la del dormitorio de la señora permanecían abiertas. El espacio permitía recibir á una asamblea escogida sin correr el ridículo que pesa sobre ciertas veladas burguesas, donde el lujo se improvisa á costa de las costumbres diarias y parece entonces una excepción. El salón acababa de ser tapizado de seda amarilla con adornos de color carmelita. La habitación de la señora estaba revestida de tela *persa verdadera* y amueblada en estilo *rococo*. El gabinete de Rabourdin quedó manchado de la tintura del antiguo salón, que había sido restaurado, y fué adornado con los hermosos cuadros dejados por Leprince. La hija del subastador utilizó en su comedor deslumbrantes tapices turcos (buena ocasión aprovechada por su padre), y les puso marcos de ébano antiguo de un precio exorbitante. Admirables bufetes de Boulle, comprados igualmente por el difunto subastador, amueblaron los extremos de aquella pieza, en medio de la cual brillaban los arabescos de cobre incrustados en la concha del primer reloj con pedestal que reapareció para colocar en el lugar que les correspondía las obras maestras del siglo xvii. Profusión de flores embalsamaban esta habitación llena de gusto y de objetos preciosos, donde cada detalle era una obra de arte bien situada y bien acompañada, en la que la señora Rabourdin, vestida con esa original sencillez que saben hallar los artistas, se presentaba como una mujer acostumbrada á aquellos tesoros; no hablaba de ellos y dejaba á las gracias de su espíritu que completasen el efecto producido en sus huéspedes por aquel conjunto. Gracias á su padre, desde que el *rococo* estuvo de moda Celestina hizo que hablases de ella.

Por muy acostumbrada que estuviese á las falsas y reales magnificencias de todo género, Lupeaulx quedó sorprendido en casa de la señora de Rabourdin. El encanto que se apoderó de este Asmodeo parisiense sólo puede explicarse por

medio de una comparación. Imaginaos un viajero cansado de los panoramas tan ricos de Italia, del Brasil, de las Indias, que vuelve á su patria y encuentra en el camino un delicioso lago, como es el de Orta, al pie del monte Rosa, una isla bien situada en aguas tranquilas, coqueta y sencilla, cándida y sin embargo adornada, solitaria y bien acompañada: elegantes ramilletes de árboles, estatuas de hermoso efecto. Alrededor riberas salvajes y cultivadas; la grandiosidad y su desorden fuera, las proporciones humanas dentro. El mundo que el viajero ha visto lo encuentra en pequeño, modesto y puro, y su alma descansada le convida á quedarse allí, pues un encanto poético y melodioso le rodea de todas las armonías y despierta todas las ideas. ¡Es á la vez una Cartuja y la vida! Algunos días antes, la hermosa señora Firmiani, que era una de las mujeres más deslumbradoras del arrabal Saint-Germain y que estimaba y recibía á la señora de Rabourdin, había dicho á Lupeaulx, que había sido invitado expresamente para oír esta frase: «¿Por qué no va usted á casa de la señora?» (y había señalado á Celestina). «La señora da veladas deliciosas, y sobre todo se come allí... mejor que en mi casa». Lupeaulx había dejado escapar una promesa cogida al vuelo por la señora Rabourdin, la cual, por primera vez, había levantado sus ojos hacia él al hablarle. Y había ido á la calle Duphot: ¿no es esto decirlo todo? La mujer no tiene más que una astucia, exclama Figaro, pero es infalible. Al comer en casa de aquel sencillo jefe de negociado, Lupeaulx se prometía comer en ella algunas veces. Gracias al juego decente y conveniente de la encantadora mujer que su rival, la señora Colleville, apodó *la Celimenes de la calle Duphot* comía en su casa todos los viernes desde hacía un mes, y volvía de *motu proprio* todos los miércoles á tomar una taza de the. Desde hacía algunos días, después de sabias y astutas indagaciones, la señora Rabourdin creía haber encontrado en aquella tabla ministerial el sitio para colocar una vez el pie. Celestina no dudaba ya del éxito. Su alegría interior no puede ser comprendida más que por los hogares de empleados donde, durante tres ó cuatro años, se ha calculado el bienestar que resultaría de un nombramiento esperado, acariciado y mimado. ¡Cuántos sufrimientos aplacados! ¡Cuántos votos lanzados hacia las divinidades ministeriales! ¡cuántas visitas interesadas! Por fin, gracias á su atrevimiento, la señora Rabourdin oía sonar la hora en que

tendría veinte mil francos de renta al año en lugar de ocho mil.

—Y me habré portado bien—se decía.—He gastado algo; pero no estamos en una época en que se buscan los méritos ocultos, mientras que colocándose uno á la vista, permaneciendo en el mundo, cultivando sus relaciones, adquiriendo nuevas, un hombre sube. Después de todo, los ministros y sus amigos no se interesan más que por las gentes que ven, y Rabourdin no duda del mundo. Si yo no hubiese enredado á esos tres diputados, tal vez hubiesen querido la plaza de la Billardiére; mientras que una vez recibidos en mi casa, la vergüenza los tiene cogidos y se convierten en nuestros apoyos en lugar de ser nuestros rivales. He hecho un poco la coqueta, pero estoy contenta de que las primeras tonterías con las cuales una divierte á los hombres, hayan bastado...

El día en que comenzó realmente una lucha inesperada á propósito de esta plaza, después de la comida ministerial que precedía á una de esas veladas que los ministros consideran como públicas, Lupeaulx se encontraba ante la chimenea al lado de la mujer del ministro. Tomando su taza de café, comprendió una vez más aun que la señora Rabourdin era una de las siete ú ocho mujeres verdaderamente superiores de París. Varias veces ya había tratado de la señora Rabourdin como el sargento Trin hablaba de su gorra.

—No lo diga usted mucho, querido amigo, la perjudicaría usted—le dijo la señora del ministro, riendo á medias.

A ninguna mujer le gusta oír delante de ella el elogio de otra mujer: todas se reservan en este caso la palabra para agriar el elogio.

—Ese pobre la Billardiére está á punto de morir—repuso su excelencia—su herencia administrativa pasa á Rabourdin, que es uno de nuestros más hábiles empleados, y con quien no se han portado muy bien nuestros predecesores, aunque uno de ellos haya debido su prefectura de policía cuando el Imperio á cierto personaje pagado para interesarse por Rabourdin. Francamente, amigo mío, es usted aun demasiado joven para ser amado por sí mismo...

—Si la plaza de la Billardiére se concede á Rabourdin, se me puede dar crédito cuando alabe la superioridad de su mujer—replicó Lupeaulx, sintiendo la ironía del ministro;—pero si la señora condesa quiere juzgar por sí misma...

—La invitaré á mi primer baile ¿verdad? Su mujer supe-

rior llegará cuando ya estarán aquí esas damas que vienen á burlarse de nosotras y oirán anunciar á la señora Rabourdin...

—¿Pero, no anuncian á la señora Firmiani en casa del ministro de negocios extranjeros?

—¡Una mujer apellidada Cadiñán!...—dijo el nuevo conde lanzando una anonadadora mirada á su secretario general, pues ni él ni su mujer eran nobles.

Muchas personas creen que si se tratase de negocios importantes, los solicitantes permanecen en el fondo del salón. Cuando Lupeaulx salió, la nueva condesa dijo á su marido:

—Me parece que Lupeaulx está enamorado.

—Sería la primera vez en su vida—respondió encogándose de hombros como queriendo decir á su mujer que Lupeaulx no se ocupaba nunca de bagatelas.

El ministro vió entrar á un diputado del centro derecha y dejó á su mujer para ir á acariciar un voto indeciso. Mas como estaba bajo la impresión de un desastre imprevisto que le hundía, este diputado quería asegurarse una protección é iba á decirle en secreto que dentro de pocos días se vería obligado á presentar su dimisión. Prevenido de este modo el ministro, podía hacer funcionar las baterías ante la oposición.

El ministro, es decir, Lupeaulx, había invitado á comer á un personaje inamovible en todos los ministerios, bastante embarazado de su persona y que en su deseo de tomar una actitud digna permanecía plantado sobre sus dos piernas, reunidas á manera de un modillón egipcio. Este funcionario esperaba al lado de la chimenea el momento de dar las gracias al secretario general, cuando su retiro brusco é imprevisto le sorprendió en el instante en que iba á frasear un cumplimento. Era pura y simplemente el cajero del ministerio, el único empleado que no temblaba nunca cuando había un cambio. Por esta época, la Cámara no removía mezquinamente el presupuesto como en el tiempo deplorable en que vivimos, no reducía innoblemente los emolumentos ministeriales, no hacía lo que en estilo de cocina se llama economías de cabos de vela, concedía á cada ministro una indemnización llamada de *destitución*. Cuesta tanto ¡ay de mí! para entrar en el ministerio como para salir, y la entrada lleva consigo gastos de toda naturaleza que es poco conveniente inventariar. Esta indemnización consistía en veinticinco bonitos billetitos de mil francos. La ordenanza aparecía

en el *Monitor*, y mientras grandes y chicos, agrupados en torno de las estufas ó ante las chimeneas sacudidas por el huracán en sus plazas, se decían: «¿Qué va á hacer este? ¿va á aumentar el número de los empleados? ¿va á despedir á dos para hacer entrar á tres?», el pacífico cajero tomaba veinticinco billetes de banco, los unía con un alfiler é imprimía sobre su rostro de sacristán de catedral una expresión gozosa. Enfilaba la escalera de las habitaciones y se hacía introducir en la de monseñor á la hora en que éste se levantaba llamado por los criados, que confunden en un sólo y único poder el dinero y el guardián del dinero, el continente y el contenido, la idea y la forma. El cajero cogía á la pareja ministerial en la aurora del arrobamiento, durante el cual un hombre de estado es benigno y buen príncipe. Al *¿qué desea usted?* del ministro, respondía el cajero con la exhibición de los billetes diciendo que se apresuraba á llevar á su excelencia la indemnización de costumbre, y explicaba los motivos de esto á la señora asombrada, pero feliz y que no dejaba nunca de coger algo, frecuentemente todo. Una destitución es un negocio de familia. El cajero daba varios giros á su cumplido y le dirigía á monseñor algunas frases: «Si su excelencia se dignaba mantenerle en su plaza, si ella estaba contenta de su servicio puramente mecánico, si... etc.» Como el hombre que entrega veinticinco mil francos es siempre un digno empleado, el cajero no salía hasta oír su confirmación en el puesto desde el que veía pasar, repasar y requetepasar á los ministros desde hacía veinticinco años. Después se ponía á las órdenes de la señora, llevaba los trece mil francos del mes en tiempo útil, los adelantaba ó atrasaba según orden, y se ganaba así, según una vieja expresión monástica, una voz en el cabildo.

Antiguo tenedor de libros del Tesoro, cuando el Tesoro tenía libros llevados por partida doble, el señor Saillard fué indemnizado con su plaza actual cuando se suprimió la primera. Era un hombre grande y gordo, muy fuerte en teneduría de libros y muy débil en las demás cosas, redondo como un cero, sencillo como un «buenos días», que iba á la oficina á pasos contados como un elefante y se marchaba de igual modo á la Plaza Real donde vivía en el piso bajo de un viejo palacio de su propiedad. Tenía por compañero de camino al señor Isidoro Baudoyer, jefe de negociado en la división del señor de la Billardiére y por lo tanto colega de Rabout-

din, el cual Isidoro se había casado con Isabel Saillard, su hija única, y había tomado, como es natural, una habitación encima de la suya. Nadie dudaba en el ministerio de que el padre Saillard era un estúpido, pero nadie había podido saber nunca hasta donde llegaba su estupidez, la cual era demasiado sólida para poder ser escudriñada, no sonaba á hueco y lo absorbía todo sin devolver nunca nada. Bixiou (un empleado del que se hablará muy pronto) había hecho la caricatura del cajero poniendo una cabeza con peluca encima de un huevo y dos pierrecitas debajo con esta inscripción: «Nacido para pagar y recibir sin cometer nunca errores. Con un poco menos de suerte, hubiese sido mozo del Banco de Francia, y con un poco más de ambición, estaba destituido.»

En aquel momento, el ministro miraba á su cajero como se mira un alzapañó ó la cornisa, sin imaginarse que el adorno pueda oír las palabras ni comprender un pensamiento secreto.

—Tengo un interés tanto mayor en que lo arreglemos todo con el prefecto en el más profundo misterio, cuanto que Lupeaulx tiene pretensiones—decía el ministro al diputado dimisionario;—su bicoca está en el distrito de usted.

—Si él no tiene el censo ni la edad!—dijo el diputado.

—Sí; pero ya sabe usted lo que ha decidido Casimiro Perier respecto á la edad. Por lo que atañe á la posesión anual, Lupeaulx posee algo que no vale gran cosa; pero la ley no ha previsto los aumentos, y puede adquirir. Las comisiones tienen la manga ancha para los diputados del centro, y nosotros no podemos oponernos ostensiblemente á la buena voluntad que pudieran dispensarle á ese querido amigo.

—Pero ¿de dónde podría sacar el dinero para adquirir nada?

—¿Cómo ha llegado Manuel á ser dueño de una casa en París?—exclamó el ministro.

El alzapañó escuchaba, aunque muy á pesar suyo. Estas vivas interlocuciones, aunque murmuradas, llegaban á los oídos de Saillard merced á ciertos caprichos de la acústica poco conocidos aún. ¿Y sabéis qué sentimiento se apoderó del buen hombre al oír estas confidencias políticas? Un terror glacial. Era uno de esos hombres sencillos que se desesperan ante la idea de parecer escuchar lo que no deben oír, de entrar donde no son llamados, de parecer atrevidos cuando

son tímidos, curiosos cuando son discretos. El cajero procuró alejarse de los interlocutores de tal modo, que cuando el ministro lo vió, lo halló bastante lejos. Saillard era un sectario ministerial incapaz de la menor indiscreción, tanto que si el ministro le hubiera creído dueño de su secreto, no hubiera tenido más que decirle: ¡*Mutis!* El cajero aprovechó la afluencia de los cortesanos, volvió á tomar por horas un fiacre de su barrio y se encaminó á la Plaza Real.

A la hora en que el padre Saillard viajaba por París, su yerno y su querida Isabel estaban ocupados con el abate Gaudron, su director, en jugar un modesto boston en compañía de algunos vecinos y de un tal Martín Falleix, fundador de cobre del arrabal Saint-Antoine, á quien Saillard había prestado el capital necesario para montar un magnífico establecimiento. Este Falleix, honrado auverniano llegado á París con el caldero al hombro, había logrado colocarse enseguida en casa de los Brezac, grandes contratistas para la demolición de castillos. A los veintisiete años, harto de bienestar como cualquier otro, Martín Falleix tuvo la suerte de ser comendado por el señor Saillard para la explotación de un descubrimiento en fundición (privilegio de invención y medalla de oro en la exposición de 1825). La señora Baudoyer, cuya hija única frisaba en los doce años, había puesto los ojos en Falleix, muchacho robusto, moreno, activo y de probidad, á quien procuraba educar. Siguiendo sus deseos, esta educación consistía en enseñarle al buen auverniano á jugar al boston, á tener bien las cartas, á no dejar ver su juego, á presentarse en su casa afeitado y con las manos bien lavadas con jabón ordinario, á no jurar, á hablar en francés, á llevar botas en lugar de zapatos, camisas de algodón en lugar de camisas de tela de saco y á echarse los cabellos hacia arriba en lugar de llevarlos despeinados. Hacía ocho días, Isabel había decidido también á Falleix á quitarse de las orejas dos enormes pendientes que parecían dos aros.

—Va usted demasiado lejos, señora Baudoyer—le dijo al ver lo mucho que ésta celebraba aquel sacrificio.—Va usted tomando demasiado imperio sobre mí. Me hace usted limpiarme los dientes, lo cual los mueve, y pronto me obligará usted á limpiarme las uñas y á rizarme los cabellos, cosa que no está ni pizca de acuerdo con nuestro comercio, en el cual no pueden medrar los petimetres.

Isabel Saillard de Baudoyer, es una de esas figuras que se

escapan al pincel por su misma vulgaridad y que, sin embargo, deben ser bosquejadas porque dan una idea de esa pequeña burguesía parisiense colocada algo por encima de los artesanos ricos y algo por debajo de la clase alta, cuyas cualidades son casi vicios, cuyos defectos no tienen nada de atractivos, pero cuyas costumbres, aunque sencillas, no carecen de originalidad. Isabel tenía en sí algo de raquítico que repugnaba á la vista. Su estatura pasaba apenas de los cuatro pies, y su talle era tan delgado, que su cintura escasamente tendría media vara. Sus facciones finas, convergiendo todas hacia la nariz, daban á su cara una vaga semejanza con el hocico de una comadreja. A los treinta años cumplidos parecía que no tenía mas que diez y seis ó diez y siete. Sus ojos, de un azul de porcelana, oprimidos por gruesos párpados unidos al arco de las cejas, despedían poco brillo. Todo en ella era mezquino; sus cabellos de un color rubio que tiraba á blanco; su frente aplastada, con dos sienas en que la luz parecía detenerse y su tez de tonos grises casi plomizos. La parte baja de la cara, más triangular que oval, terminaba irregularmente en contornos difíciles y como atormentados. Finalmente, la voz ofrecía una serie bastante variada de entonaciones agrídulces. Isabel era el vivo retrato de la burguesa que aconseja por la noche á su marido, sin el menor mérito en sus virtudes y ambiciosa sin cálculo, y si únicamente por el natural desarrollo del egoísmo doméstico; en el campo hubiese querido aumentar sus propiedades, en la administración quería ascender. Narrar la vida de su padre y de su madre será describir á la mujer y pintar la infancia de la soltera.

El señor Saillard se había casado con la hija de un mueblista establecido bajo los pilares de los mercados. Lo muy exiguo de su fortuna había obligado primitivamente á los señores Saillard á constantes privaciones. Después de treinta y tres años de matrimonio y veintinueve de trabajo en las oficinas, la fortuna de los Saillard consistía en sesenta mil francos confiados á los Falleix, el palacio de la Plaza Real comprado por cuarenta mil francos en 1804 y treinta y seis mil francos de dote dados á su hija. En este capital la herencia de la viuda Bidault, madre de la señora Saillard, representaba una suma de unos cincuenta mil francos. El sueldo de Saillard había sido siempre de cuatro mil quinientos francos, pues su destino era un verdadero callejón adminis-

trativos sin salida, que no fué solicitado por nadie durante mucho tiempo. Aquellos noventa mil francos, amontonados céntimo á céntimo, provenían pues de economías sórdidas y estúpidamente empleadas. En efecto; los Saillard no conocían más medio de colocar su dinero que llevándolo en sumas de cinco mil francos á casa de su notario, el señor Sorbier, predecesor de Cardot, y prestarlo al cinco por ciento en primera hipoteca con subrogación en los derechos de la mujer cuando el prestatario era casado. La señora Saillard obtuvo en 1804 un despacho de papel timbrado, cuyas ganancias determinaron la entrada de una criada en la casa. En aquel momento, el palacio, que valía más de cien mil francos, reportaba ocho mil. Falleix daba un siete por ciento por sus sesenta mil francos, además de una participación igual en los beneficios; de suerte que los Saillard gozaban por lo menos de una renta de diez y siete mil francos. Toda la ambición del buen hombre consistía en tener la cruz al tomar el retiro.

La joven Isabel fué un trabajo constante en una familia cuyas costumbres eran tan penosas y cuyas ideas tan sencillas. Se deliberaba allí acerca de la adquisición de un sombrero para Saillard, se contaba el número de años que había durado un traje; los paraguas estaban enganchados por arriba por medio de una hebilla de cobre. Desde 1804 no se había hecho una reparación en la casa. Los Saillard conservaban su piso bajo en el mismo estado en que se halló al serles entregado por el propietario anterior: los entrepaños estaban desdorados y las pinturas de las puertas apenas se veían bajo la capa de polvo amontonado por el tiempo. Los Saillard conservaban en aquellas grandes y hermosas piezas con chimeneas de mármol labrado y techos dignos de los de Versailles, los muebles hallados en casa de la viuda Bidault, consistentes en sofás de nogal agrietados y mal tapizados, cómodas de madera de rosa, veladores con bordes de cobre y mármoles blancos rotos, un soberbio secreter de Boulle al que la moda no había aún devuelto su valor, en fin, el desbarajuste de los baratillos recorridos por la tendera de los pilares de los mercados: cuadros comprados á causa de la belleza de los marcos; vajilla de clase variada, es decir, un servicio de postres en magníficos platos del Japón y lo demás de porcelana de todas las fábricas; cubiertos desaparejados, copas viejas, buenos manteles adamascados, camas con pabellón y hermosas guarniciones.

En medio de todas aquellas reliquias, la señora Saillard ocupaba una poltrona moderna de caoba, con los pies sobre un calentador medio abrasado, junto á una chimenea llena de cenizas y sin fuego, en la cual se veía un reloj, bronce antiguos, candelabros de flores pero sin bujías, pues se alumbraba con una palmatoria de cobre que soportaba una vela de sebo acanalado por diferentes escurreduras. La señora Saillard tenía un rostro que á pesar de las arrugas denotaba la testarudez y la severidad, la estrechez de sus ideas, una probidad cuadrangular, una religión sin piedad, unas maneras sencillas y la paz de una conciencia limpia. En ciertos cuadros flamencos veis mujeres de burgomaestres compuestas de este modo por la naturaleza, pero llevan hermosas batas de terciopelo ó ropas preciosas, mientras que la señora Saillard no tenía batas, sino ese traje antiguo llamado refajo en Turena y Picardía, y, más generalmente en Francia, zaga-lejo, especie de faldas con pliegues por detrás y por los lados puestos unos sobre otros. Su cuerpo iba encerrado en un casaquín, ¡otra moda de otra edad! Conservaba la cofia y los zapatos de talón alto. Aunque tenía cincuenta y siete años y sus obstinados trabajos en el seno del hogar le permitían descansar, la señora Saillard hacía las medias de su marido, las suyas y las de un tío, como las hacen las mujeres del campo, andando, hablando, paseándose por el jardín ó yendo á ver lo que pasa en la cocina.

Impuesta en un principio por la necesidad, la avaricia de los Saillard había pasado á ser habitual. Al volver de la oficina, el cajero se mudaba de ropa y la lavaba él mismo en el trozo de jardín que se había reservado. Durante mucho tiempo, Isabel había ido al mercado por la mañana con su padre, y ambos bastaban para cuidar de la casa. La madre sabía guisar admirablemente un pato con nabos; pero, según el padre Saillard, Isabel no tenía igual para aderezar una pierna de carnero con cebolla. Era cuestión de chuparse los dedos sin darse cuenta. Tan pronto como Isabel supo tener una aguja en la mano, su madre le hizo repasar la ropa de la casa y los trajes de su padre. Ocupada sin cesar como una criada, no salía nunca sola, y aunque vivían á dos pasos del Temple, donde se hallaban Franconi, la Gaité, el Ambigú Cómico y más lejos la Puerta San Martín, Isabel no había ido nunca á la comedia. Cuando tuvo el capricho de ver lo que era aquello, con el permiso del señor Gaudrón, por su-



puesto, el señor Baudoyer la llevó, á fin de enseñarle el más bello de todos los espectáculos, á la Ópera, donde se representaba entonces *El Labrador chino*. Isabel encontró la comedia aburridísima y no quiso volver más. El domingo, después de haber ido cuatro veces de la plaza Real á la iglesia de San Pablo, pues su madre le hacía practicar estrictamente los deberes de la religión, su padre y su madre la conducían delante del café Turco, donde se sentaban en sillas colocadas entonces entre una barrera y el muro. Los Saillard procuraban ser de los primeros en llegar, á fin de tener un buen sitio, y se divertían en ver pasar á la gente. En aquella época, el jardín Turco fué el punto de cita de los elegantes del Marais, del arrabal Saint-Antoine y de los lugares vecinos. Isabel no había llevado nunca más que trajes de indiana en verano y de merino en invierno, que se hacía ella misma; su madre no le daba más que veinte francos al mes para sus gastos; pero su padre, que la quería mucho, suavizaba aquel rigor con algunos regalos. No había leído nunca lo que el abate Gaudrón, vicario de San Pablo y consejero de la casa, llamaba libros profanos. Este régimen había dado su fruto. Obligada á emplear sus sentimientos en una pasión cualquiera, Isabel se hizo codiciosa. Aunque no careciese de buen sentido ni de perspicacia, las ideas religiosas y su ignorancia habían rodeado sus cualidades de un círculo de acero, sin ejercerse más que en las cosas más vulgares de la vida. Reprimido por la devoción, su espíritu natural tuvo que desplegarse entre los límites señalados para los casos de conciencia, que son un almacén de sutilidades en que el interés busca sus escapatorias. Semejante á esos santos personajes en los que la religión no ha hecho desaparecer la ambición, Isabel era capaz de provocar acciones vituperables en sus semejantes con tal de poder ella sacar el fruto. Llegado el caso, hubiese sido como ellos implacable en cuanto á su deber, pero hipócrita en los medios empleados. Ofendida por alguien, observaría á su adversario con la pérfida paciencia de los gatos y se procuraría alguna fría y completa venganza echada á cuenta de Dios. Hasta el casamiento de Isabel, los Saillard vivieron sin más sociedad que la del abate Gaudrón, sacerdote auverniano, nombrado vicario de San Pablo cuando la restauración del culto católico. A este eclesiástico, amigo de la difunta señora Bidault, se unía el tío paterno de la señora Saillard, viejo tratante en papel, retirado desde el año 11 de

la República, de sesenta y nueve años de edad á la sazón y que sólo iba á verles los domingos, por ser el único día en que no se podían hacer negocios.

Este viejecito, de cara de un color verdoso, ocupada casi por entero por una nariz montada como la de un bebedor, y provista de dos ojos de buitre, dejaba flotar sus cabellos grises bajo un tricornio, llevaba calzones cortos, medias de algodón hechas por su sobrina, á quien llamaba siempre *la pequeña Saillard*, gruesos zapatos con hebillas de plata y una casaca multicolor. Tenía gran semejanza con esos sacristanes-monaguillos-campaneros-alguaciles-enterradores-chantres de aldea, á quienes se toma por caprichos de caricaturista hasta que no se les ha visto funcionando. En aquel momento llegaba aún á pie para comer y se volvía del mismo modo á la calle Greneta, donde ocupaba un tercer piso. Su oficio consistía en descontar valores comerciales en el barrio Saint-Martin, donde era conocido por el apodo de Gigonnet, á causa del movimiento febril y convulsivo con que levantaba la pierna. El señor Bidault había empezado el descuento el año 11 con un holandés llamado Werbrust, amigo de Gobseck.

Más tarde, en el banco de la fábrica de San Pablo, Saillard trabó conocimiento con los señores Transon, negociantes en alfarería establecidos en la calle de Lesdiguières, que se interesaba por Isabel, y que, con intención de casarla, introdujeron al joven Isidoro Baudoyer en casa de los Saillard. La amistad de los señores Baudoyer con los Saillard se hizo más íntima mediante la aprobación de Gigonnet, el cual había empleado durante mucho tiempo en sus negocios á un tal Mitral, alguacil, hermano de la señora Baudoyer madre, el cual alguacil trataba entonces de retirarse á una bonita casa de Ile-Adam. Los señores Baudoyer, padres de Isidoro, honrados peleteros de la calle Censier, habían hecho lentamente una mediana fortuna en un comercio rutinario. Después de haber casado á su hijo único, al que dieron cincuenta mil francos, pensaron en trasladarse al campo y escogieron el país de Ile-Adam, á donde llevaron también á Mitral; pero hacía frecuentes viajes á París, donde conservaba una habitación en la casa de la calle de Censier, dada en dote á Isidoro. Después de haber dotado á su hijo, los Baudoyer gozaban aún de mil escudos de renta.

Mitral, hombre de peluca siniestra y de cara de color del Sena, donde brillaban dos ojos de color de tabaco, frío como

la cuerda de un pozo, olía á ratón y guardaba el secreto de su fortuna; pero tenía que operar en su rincón, como Werbrust y Gignonnet operaban en el barrio de Saint-Martin.

Si el círculo de esta familia se extendió, no por eso cambiaron sus ideas ni sus costumbres. Se celebraban los santos del padre, de la madre, del yerno, de la hija, de la nieta, los aniversarios de los nacimientos y de los matrimonios, Pascuas, Navidad, Año Nuevo y Reyes. Estas fiestas eran motivo de una limpieza general en la casa, lo cual unía la utilidad á las dulzuras de estas fiestas domésticas, durante las cuales se ofrecían con gran pompa y con acompañamiento de ramos de flores y algunos regalos útiles: un par de medias de seda ó una gorra de pelo para Saillard; hebillas de oro y un plato de plata para Isabel y su marido, á quienes iban dando poco á poco un servicio de vajilla, y refajos de seda á la señora Saillard. Con motivo del regalo, se sentaba el gratificado en un sofá, diciéndole durante algún rato: —¿A ver si adivinas lo que vamos á darte? Finalmente, se empezaba una comida espléndida de cinco horas de duración, á la que estaban convidados el abate Gaudrón, Falleix, Rabourdin, el señor Godard, subjefo que había sido del señor Baudoyer, y el señor Bataille, capitán de la compañía á que pertenecían el yerno y el suegro. El señor Cardot, solicitado por esta familia, hacía como Rabourdin, es decir, que de cada seis invitaciones sólo aceptaba una. A los postres se cantaba, se abrazaban con entusiasmo deseándose todas las dichas posibles, se enseñaban los regalos y se preguntaba su opinión á todos los invitados. El día de la gorra de pelo, Saillard se cubrió con ella durante los postres con gran satisfacción general. Por la noche, iban los conocidos y había baile. Se bailaba largo rato al son de un violín único, pero hacía ya seis años que el señor Godard, gran flautista, contribuía á la fiesta con sus habilidades. La cocinera y la criada de la señora Baudoyer, la anciana Catalina, criada de la señora Saillard, y el portero y su mujer formaban grupo á la puerta del salón. Los criados recibían un escudo de propina para que compraran vino y café. Aquella sociedad consideraba á Baudoyer y á Saillard como hombres de gran mérito, empleados en el gobierno gracias á sus méritos. Decíase que trabajaban con el ministro, que debían su fortuna á su talento y que eran grandes políticos; pero Baudoyer pasaba por el más capaz, ya que su cargo de jefe de negociado suponía trabajos mucho

más complicados y más arduos que los de un cajero. Además, aunque hijo de un peletero de la calle de Censier, Isidoro había tenido el genio de estudiar y la audacia de renunciar al establecimiento de su padre, para entrar en las oficinas públicas, donde había logrado un puesto eminente. Finalmente, como era poco comunicativo, le consideraban como un profundo pensador, y, según decían los Transon, tal vez llegaría algún día á ser diputado del octavo distrito. Al oír estos dichos, ocurría con frecuencia que Gignonnet se repulgaba los labios y dirigía una mirada á su sobrina Isabel.

En lo físico, Isidoro era un hombre de unos treinta y siete años, alto y grueso, que transpiraba fácilmente y cuya cabeza se parecía á la de un hidrocéfalo. Aquella enorme cabeza, cubierta de cabellos castaños cortados al rape, se unía al cuello por medio de un rodete de carne. Tenía brazos de hércules, manos dignas de Domiciano y un vientre que, gracias á su sobriedad, se mantenía en lo majestuoso, según dice Brillat-Savarin. Se veía algo del tipo tártaro en sus ojillos, en su nariz achatada y remangada por la punta, en su boca de labios fríos y en su barba corta; la frente era pequeña y estrecha. Aunque dotado de un temperamento linfático, el devoto Isidoro se entregaba á una excesiva pasión conyugal que no había sido alterada por el tiempo. A pesar de su semejanza con el hermoso emperador de Rusia y el terrible Domiciano, Isidoro era sencillamente un burócrata poco capaz como jefe de negociado, rutinario en el trabajo y ocultando una nulidad absoluta bajo una envoltura tan espesa que ningún escarpelo hubiera podido poner al descubierto. Sus estudios, durante los cuales desplegó la paciencia y la mansedumbre de un buey, y su cabeza cuadrada, habían engañado á sus padres, que le creyeron un hombre extraordinario. Meticuloso y pedante, hablador y chinchorrero, era el espanto de sus empleados, á los que hacía continuas observaciones exigiéndoles los puntos y las comas, cumpliendo con rigor el reglamento y mostrándose tan terriblemente exacto, que ninguno en su oficina dejaba nunca de presentarse antes que él. Baudoyer llevaba una levita azul con botones amarillos, chaleco de gamuza, pantalón gris y corbata de color. Tenía los pies anchos y mal calzados, y la cadena de su reloj estaba adornada de un enorme manojito de dijes viejos, entre los cuales conservaba en 1824 las semillas de América, de moda el año VII.

En el seno de aquella familia, que se mantenía por la fuerza de los lazos religiosos, por el rigor de las costumbres y por el pensamiento único de la avaricia, que pasa á ser una especie de brújula, Isabel se veía obligada á hablarse á sí misma, en lugar de comunicar sus ideas, pues se sentía alejada de quien la comprendiese. Aunque los hechos la hubiesen obligado á juzgar á su marido, la devota sostenía lo mejor que podía la opinión favorable al señor Baudoyer, demostrándole un profundo respeto y honrando en él al padre de su familia, á su marido, al poder temporal, según decía el vicario de san Pablo. Hubiera ella considerado pecado mortal el hacer un solo gesto, el lanzar una sola mirada, el decir una sola palabra que hubiese podido revelar á un extraño su verdadera opinión respecto al imbécil Baudoyer. La esposa empleaba una obediencia pasiva para todo lo que constituía la voluntad de su marido. Todos los rumores de la vida llegaban á sus oídos, y ella los recogía, los examinaba por sí sola y juzgaba tan sanamente las cosas y los hombres, que en el momento en que comienza esta historia ella era el oráculo secreto de los dos funcionarios, llegados ambos insensiblemente á no hacer nada sin consultarle. El padre Saillard decía sencillamente: — ¡Qué astuta es esta Isabel! — Pero Baudoyer, demasiado estúpido para no estar hinchado de la falsa reputación de que gozaba en el barrio de Saint-Antoine, negaba el talento de su mujer, al mismo tiempo que sacaba provecho de él. Isabel había adivinado que su tío Vidault, apodado Gigonnet, debía ser rico y que manejaba sumas enormes. Aguijoneada por el interés, conocía al señor Lapeaulx mejor de lo que podía conocer el ministro mismo. Encontrándose casada con un imbécil, pensaba, con razón, que la vida hubiera podido ser mejor para ella; pero nunca intentó conocer las delicias que soñaba. Todas sus afecciones más dulces se alimentaban con el amor hacia su hija, á la que procuraba evitar las penas que ella había sufrido durante su infancia, creyéndose así en paz con el mundo de los sentimientos. Solamente por su hija había decidido á su padre al acto exorbitante de su asociación con Falleix. Este había sido presentado en casa de los Saillard por el anciano Vidault, que le prestaba dinero sobre mercancías. Falleix encontraba demasiado caro el *paisanaje*, y varias veces se había quejado con candor delante de los Saillard

de que Gigonnet cobrase el diez y ocho por ciento á un auverniano. La anciana señora Saillard se había atrevido á vituperar á su tío, dando motivo á que Gigonnet hubiese dicho:

— ¡Oh! precisamente porque es auverniano no le cobro más que el diez y ocho por ciento.

Falleix, de veintiocho años de edad, había hecho un descubrimiento, y al comunicárselo á Saillard, pareció ser un hombre de esos que van con el corazón en la mano y que está llamado á hacer una gran fortuna, por lo cual Isabel concibió en seguida el proyecto de conquistarlo para su hija educándolo á su gusto y calculando de este modo un hecho de tanta trascendencia con siete años de antelación. Martín Falleix tributó increíble respeto á la señora Baudoyer, en la que reconoció un talento superior, y aunque más tarde hubiese tenido millones, desearía siempre pertenecer á aquella casa en donde encontraba una familia. La pequeña Baudoyer se había acostumbrado ya á ponerle de beber y á tomarle el sombrero cuando entraba.

En el momento en que el señor Saillard volvió del ministerio, el boston había empezado ya. Isabel aconsejaba á Falleix. La señora Saillard hacía media en el rincón del fuego, mirando el juego del vicario de san Pablo. El señor Baudoyer, inmóvil como un poste, empleaba su inteligencia en calcular dónde estaban las cartas y hacía frente á Mitral, llegado de Ile-Adam para las próximas fiestas de Navidad. Nadie se molestó en lo más mínimo con la entrada del cajero, el cual se paseó durante algunos instantes por el salón con cara contraída, al parecer, por insólita meditación.

— Siempre le pasa lo mismo cuando come en casa del ministro; no ocurre afortunadamente más que una vez al año, porque acabarían por matármelo — dijo la señora Saillard. — Saillard no es hombre para servir al gobierno. ¡Saillard! — añadió en voz alta — esperó que no llevarás por casa tu calzón de seda y tu casaca de paño de Elbeuf. Anda, vete á cambiar la ropa.

— Tu padre tiene algo — dijo Baudoyer á su mujer cuando el cajero estaba desnudándose en su cuarto.

— Tal vez haya muerto el señor de la Billardièrre, y como desea que tú le reemplaces, eso le traerá preocupado — dijo sencillamente Isabel.

— Si yo puedo serles útil en algo — dijo el vicario de